

LA POLÍTICA EXTERIOR DE OBAMA EN ORIENTE PRÓXIMO

Carlos LARRINAGA

Historiador y Profesor Titular de Universidad

El 4 de junio de 2009 el presidente Barack Obama pronunció un discurso en la Universidad de El Cairo que muchos analistas entendieron entonces como trascendental para prestigiar la política exterior estadounidense en Oriente Próximo. Hacía sólo unos meses que había tomado posesión del cargo y restaban otros pocos para que recogiera en Oslo el Premio Nobel de la Paz, concedido “por sus esfuerzos para fortalecer la diplomacia internacional y la cooperación entre los pueblos”, resaltando su “visión de un mundo sin armas nucleares”. En este sentido, no olvidemos que buena parte de su campaña electoral, en materia de política exterior, se centró en poner fin a los conflictos de Irak y Afganistán y retirar las tropas de allí, una vez supuestamente pacificados ambos países. También durante la campaña los sectores más extremistas de la sociedad norteamericana y del Partido Republicano denunciaron su supuesta condición de musulmán apelando al segundo nombre del candidato elegido luego presidente, Hussein. Todo ello cuando todavía estaba muy vivo el recuerdo de los atentados del 11-S y con un Osama bin Laden aún suelto. Las promesas electorales de Obama y este discurso de El Cairo pretendían, sin duda, sentar las bases de una nueva política exterior en la región más caliente del planeta, tratando de establecer diferencias nítidas con la llevada a cabo por su antecesor, George W. Bush.

El problema, sin embargo, radica en que la política de Obama en la zona tampoco ha cambiado demasiado. El mencionado discurso se articulaba en siete ejes fundamentales, de los cuales nos interesan los tres primeros, referidos a relaciones internacionales. El primero tenía por objetivo la situación en Afganistán, Irak y Pakistán. Aquí sí es verdad que, pese a no haberse logrado una paz completa en Irak y en Afganistán, el presidente ha cumplido su promesa de ir retirando poco a poco sus tropas de allí para otorgar cada vez un mayor protagonismo a las autoridades civiles, militares y policiales de ambos países, aun estando estos dos estados sumidos en una notable crisis política de difícil solución. Aún más, también cumplió el presidente con su deseo de seguir luchando contra el terrorismo de Al Qaeda, hasta el punto de que el propio Bin Laden fue asesinado el 2 de mayo de 2011 en su guarida de Pakistán por las fuerzas de operaciones especiales de la Armada de los Estados Unidos, saltándose a la torera los principios más básicos del Derecho Internacional. Con el aplauso, eso sí, de la mayor parte de la comunidad internacional. ¿Hasta qué punto G.W. Bush no hubiese actuado de la misma manera? Por no hablar de Guantánamo, que, pese a su promesa de desaparecer, sigue siendo un verdadero agujero negro de la justicia internacional.

El segundo eje del discurso de El Cairo se centraba en el conflicto palestino. Tras reconocer que los estrechos vínculos entre Israel y Estados Unidos son inquebrantables, Obama afirmaba que la situación del pueblo palestino era intolerable, por lo que su país no daría la espalda a las aspiraciones legítimas de los palestinos en lo referente a “dignidad, oportunidades y un estado propio”. Dos estados conviviendo en paz y seguridad era la oferta de Obama. Por supuesto, en este nuevo escenario, los palestinos debían renunciar a la violencia, haciendo un llamamiento especial a Hamas, requerida a reconocer la existencia del Estado de Israel. Por su parte, Estados Unidos no reconocería la legitimidad de más asentamientos judíos, solicitando el cese de los mismos. ¿Pero cómo se han materializado estas buenas intenciones del presidente estadounidense? Con unos resultados ínfimos. Primero, porque lo que debería ser uno de los grandes logros de la política exterior de Obama, el proceso de paz puesto en marcha entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina, agoniza y no avanza. Segundo, porque Estados Unidos ha sido incapaz de frenar las ansias expansionistas de los colonos judíos. La condena verbal es claramente insuficiente y echa por tierra las posibilidades de llegar a un mínimo acuerdo de paz. Y tercero, porque Estados Unidos sigue haciendo seguidismo de Israel en los momentos claves del proceso hacia la conformación de un Estado palestino independiente, desdiciéndose de su promesa en El Cairo. Para muestra un botón. El 29 de noviembre de 2012 una mayoría absoluta de países de la Asamblea General de la

ONU votó a favor de la ANP como estado observador no miembro: 138 a favor, 41 abstenciones y 9 en contra (Israel, EEUU, Canadá, República Checa, Panamá, Islas Marshall, Micronesia, Nauru y Palaos).

Por último, el tercero de los ejes tenía que ver con la cuestión nuclear, haciendo especial alusión a Irán. Obama se mostraba de acuerdo con el uso de la energía nuclear con fines civiles y, por lo tanto, pacíficos, pero no con obtención de la bomba nuclear por el régimen de los ayatolás, puesto que habría de constituir una clara amenaza en la región. Pues bien, en este punto el preacuerdo firmado en Ginebra entre los miembros del Consejo de Seguridad de la ONU más Alemania e Irán el pasado 24 de noviembre ha supuesto un avance indudable en este terreno y, caso de ratificarse a mediados del año que viene, posiblemente se convierta en el mayor éxito de la política exterior de la Administración Obama. Sobre todo, si tenemos en cuenta la falta de planes postbélicos en Irak y Afganistán, la errática política estadounidense respecto de las denominadas “primaveras árabes” y el éxito de Rusia en la guerra civil siria. Por no hablar de que el tan mentado inquebrantable vínculo con Israel hace temer una vez más por el fracaso de las conversaciones de paz en Palestina. En definitiva, pobres resultados para un discurso tan significativo y preparado como el de El Cairo.

8 de diciembre de 2013

Publicado en *El Diario Vasco* el 10 de abril de 2014, p. 24.